

# —Señor Cura, coló'l mayuilu

*Asturias además del OCHO, son algunos km<sup>2</sup> más, hasta casi 11.000 km<sup>2</sup>. Nos preocupa sobremanera la ecología y el medio ambiente de la Zona Central donde se concentra más del 80% de la población, pero no podemos hacer eco sordo a ese 20% rural, donde la mayoría de ellos están en la tesitura tercermundista y casi humillante de desarraigo, al tener que acudir a los centros escolares UNIFORMADOS antes de ver satisfechas sus necesidades primarias, cual la de aprender a partir del entorno: nombres de sus herramientas, animales, objetos de casa, árboles, paisajes...*

*El lenguaje también es un patrimonio ASTURIANO con un índice de contaminación no inferior a los techos alcanzados en Valliniello Bajo.*

*¡Señor Cura, coló'l mayuilu, pretende hacernos tomar conciencia de esa realidad medio-ambiental, antes de que los dióxidos..., de las superestructuras planificadoras acaben por fosilizarlo.*

De nuevo, un antiguo problema educativo (deseducativo, en rigor) vuelve a las páginas de la prensa: el cierre de una escuela rural de nuestra montaña asturiana. En esta ocasión el número recayó (se montó) en los pueblos del alto valle de Huerna, en Tuiza, en las mismas raíces de Peña Ubiña, un pueblo y unas gentes con tres mil años de historia.

El problema había sido cuidadosamente silenciado (de ninguna manera enmudecido) desde los comienzos del curso escolar. Pero el paso de los días y las palabras «maurientas» de la Administración fueron poco a poco encrespando los pacientes ánimos de estos pueblos callados; la rabia contenida se fue extendiendo a todo el valle, con sus 20 pueblos habitados. Finalmente, todo un Concejo contempla perplejo

cómo cada curso que pasa se vienen eliminando escuelas salpicadas entre las altas montañas, dejando en la calle (en las caleyas) a niños que por naturales razones climatológicas, de ninguna manera pueden espalar nieve durante más de 20 kilómetros para llegar a la concentración. Por si ello fuera poco, se les da como solución rellenar escuelas-hogar, construidas hace algunos años, pero que nadie ha querido estrenar por lo visto. La más próxima a 100 kilómetros.

Si la cuestión es por naturaleza in-moral, lo es particularmente para los ciclos de párvulos, inicial y medio (se discutiría el caso del ciclo superior), al intentar disolver en dichas escuelas a niños entre los 5 y los 11 años, en un interminable paréntesis de lunes a viernes, que ni los niños podrían soportar ni los padres consentir. Las estadísticas son una cosa y este nuevo exilio educativo otra. El valle de Huerna, como el de Pajares o Lena, se ha caracterizado siempre por ser cuna de numerosas personalidades en el campo de la cultura y todas pasaron por esa institución mágico-sagrada que se llama la escuela rural sin más: nadie se movió de su casa hasta pasados los 10 años de edad, hasta dominar un poco el instrumento con el que se iban a enfrentar a los demás: la lengua también de los demás.

## UNA CONSTITUCION SIN ESTRENAR

Efectivamente, los padres se preguntan si la Constitución no les alcanzará a ellos por estar *tan altos*, a casi 2.000 metros sobre las baldosas, los jardines y las fuentecillas de la ciudad. Porque la Constitución habla de *igualdad ante la Ley* (art. 14): «Los españoles son iguales ante la ley, sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social». Y esto no necesita explicaciones más allá de las palabras. Como tampoco las

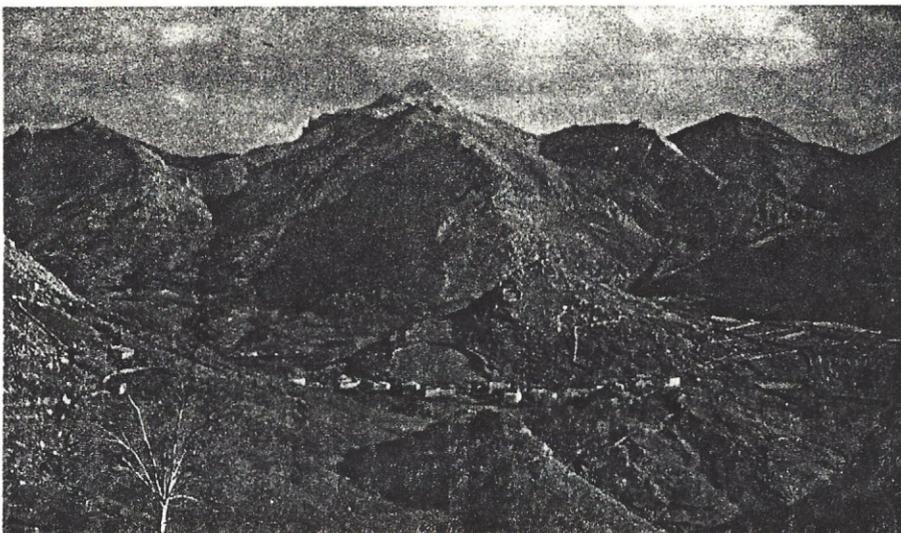
precisa el art. 27: «Todos tienen derecho a la educación» (punto 1); «La enseñanza básica es obligatoria y gratuita» (punto 4); «Los poderes públicos garantizan el derecho de todos a la educación, mediante una programación general de la enseñanza, con la participación efectiva de todos los sectores afectados y la creación de centros docentes» (punto 5); «Los profesores, los padres y, en su caso, los alumnos intervendrán en el control y gestión de todos los centros sostenidos por la Administración con fondos públicos en los términos que la ley establezca» (punto 7), etc., etc.

## EL PROBLEMA LINGÜÍSTICO

Vamos a centrarnos simplemente en el problema primero con el que choca ese niño de 5 años (o de los ciclos inicial y medio) transportado medio dormido un lunes cualquiera a 100 kilómetros de distancia de sus padres y en un aula de 39 alumnos más (no se cuestiona aquí para nada la función de las concentraciones escolares adecuadamente utilizadas).

La lengua de este niño rural de alta montaña (quiérase o no, eso es lo de menos) está naturalmente enraizada entre los campos, las costumbres, los trabajos, los juegos, los hórreos, el clima, las penas y alegrías que laten en el bable y que resuenan como eco interminable de caleya en caleya, de cuitu en cuitu, de pena en pena. Y esa lengua, para el niño de cinco o seis años no coincide en absoluto con la del libro, el maestro y el amigo del aula concentrada en la ciudad: un compañero, un libro y un maestro a los que empieza a mirar como rivales en potencia (por amables que ellos sean, y lo son), competidores en una carrera para él completamente absurda en un absurdo e interminable paréntesis semanal, en nueve meses de exilio incomprensible (habría que pasar por la experiencia antes que por la estadística y el número).

En el aula concentrada entre jardines que no se pueden pisar (como si «tu-



J. L. NAVAZO

vieran plantaos de perrexil»), con terminaciones en /-ado/, pretéritos perfectos, dislexias y disgrafías, con libros que a las *caleyas* llaman calles, a los *cuetos* cerros, a los *esquiles* ardillas y a los *mayuelos* badajos, este niño en el exilio posiblemente no vuelva a articular fonema si no es para gemir (*chorar*, mejor) o se encuentre de vuelta divinando las cumbres de La Tesa. El silencio del valle le permitirá de nuevo respirar en su lengua.

## UNA AGRADABLE EXPERIENCIA

Pasamos una tarde con los niños de aquel valle colgado del macizo impresionante de las Ubiñas. No hubo problema para reunirlos: llevan desde septiembre (3 meses ya) jugando a la pelota frente a la puerta de su pequeña escuela esperando a que se abra «aunque sea de un balonazu sin querer». «Ahora sí que nos acordamos de la maestra y el maestro que estos años pasaron por aquí, se esforzaba en explicarnos al principio una niña de las ya «mayorinas, casi casaera».

Pero muy pronto aquella «esquisa» se vistió de otro color. Pegamos cuatro carreras tras la pelota mientras que el tabaco nos lo permitió: tuvimos que sentarnos «nel puyu la escuela». Allí escuchamos sus gritos y «algún que utru taquín» por un «que nun fue gol, que nun fue gol». Después, con unas «pisicolas» descubrimos muchas cosas de su lengua, de su expresión más asturiana, rica y arraigada (arcaica, dicen los doctos). Y pensamos (lamentamos) con los ojos fijos en aquellas frentes despejadas y «espelurciás» (no sabemos si con rabia o con dolor) qué les ocurriría a estos niños en un gran patio de cemento a ciento y pico kilómetros de aquí: sin duda no gritarían tanto y los goles serían menos celebrados y menos discutidos.

Cuando acabamos las «pisicolas» y paramos de sudar, todos se pegaban por hablar, por enseñarnos (*aprendemos*, según ellos) lo que era «el robizu, un coscorpín, la xaronca y el cuquiichu,

el peguchu o las mesorias, andar a esquiles o a ñiales, curiar la reciecha en la oxa y en la pena, dir pal puerto pel verano, facei xirigoncias al maestro, bebei el vino al cura o face-i alguna garúa». Nos reímos con gusto cuando uno contaba lo del día de Jueves Santo. En medio del silencio religioso (ese silencio de los paisanos de los pueblos después que pasan la puerta de la iglesia, posan la rodilla derecha en el suelo y tercián la boina sobre la izquierda), mientras el monaguillo agitaba con todas sus fuerzas la esquila típica de estos días cuaresmales, se le soltó el badajo y saltó al medio de la iglesia. Al asustado monaguillo no se le ocurrió otra cosa que acercarse al sacerdote que oficiaba devotamente y decirle apresurado «¡Señor Cura, Señor Cura, coló'l mayuilu, coló'l mayuilul!». Suponemos que de aquellos paisanos, ajenos a la riqueza de su lengua, alguno habrifa intentado



¿Cómo llaman «rana» a la xaronca?

El alumno rural se expresa y comprende en la lengua de su entorno natural. De ahí, otros de los problemas de las concentraciones escolares.  
(Pueblo de la Sierra de Cuera).

«estirar las orejas» al sincero monaguillo por «hablar mal ante'l Señor Cura y na ilesia».

## REFLEXIONES AL PROBLEMA

Pero nosotros hemos hecho algunas reflexiones elementales sobre aquellos «ocena de mozacos» listos como rayos, en paro forzoso por cierre de una escuela tantos años atendida por maestros que en las grandes «nevadas» compartían la *escanda* y las *espaldas* con los hospitalarios paisanos de Tuiza ««riba o de baxo». 1) En estos niños (como en tantos otros de su edad y circunstancia) existe una falta de clarificación (separación lingüística) entre el uso castellano y el uso no-castellano de la lengua (vamos a evitar en lo posible términos también ya manipulados: entre dos experiencias lingüísticas igualmente ricas (no igualmente enriquecidas, cierto), aunque funcionalmente diferenciadas.

2) Existencia de una no disimulada inmoralidad al establecer una trampa excesivamente «asoleyá»: una crucial competencia entre estos alumnos más niños fuera de su entorno natural (afectivo, en rigor) y 39 compañeros en aulas de cemento y de uralita, compañeros con ellos siempre amables, pero con muchos kilómetros de ventaja en la salida de la meta: éstos ya poseen una experiencia castellana para la lectura y los ejercicios de las fichas que aquéllos de ninguna manera poseen como veremos. Y a esta edad (cinco diez años) no se puede establecer una carrera despiadada y humillante, aun que sólo fuera por ser anticonstitucional (véase más arriba).

3) Este alumno rural, y a esta edad comprende y se expresa en la lengua de su entorno natural, con una cultura popular (que sólo es distinta de la otra) y, en cambio, se le fuerza antipedagógicamente a expresarse y comprender en el gran aula en otra lengua de la que no tiene experiencia como tal lengua (pensemos en los niveles léxicos más antes que en los fónicos o de simple entonación).

GUARDERÍA DE JOVE

CUESTIONES EN CONCRETO

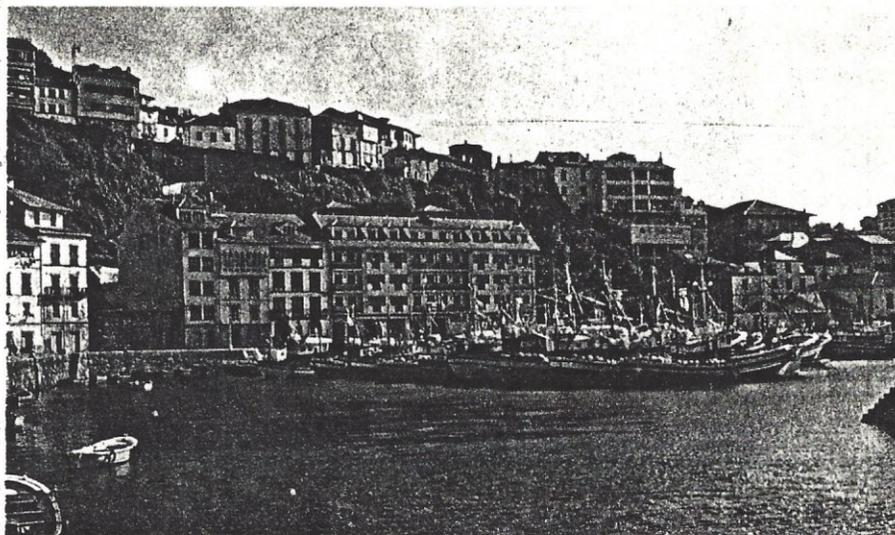
Respecto al primer punto, la función de la escuela rural para los ciclos de párvulos, inicial y medios parece incontestable: el maestro rural, con un número reducido de alumnos (lejos de las diferencias cualitativas y cuantitativas en el aula concentrada), puede comenzar a clarificar eficazmente desde los 5 años la experiencia lingüística del alumno. Puede comenzar a enseñarle el castellano (como también lo hará con otras lenguas), de modo que si el niño nunca va a confundir *perro* con *chien*, deje de confundir también *canilá* con *mordedura*, o, simplemente, *perro* con *pirru*, *paja* con *paya*...

En ese aprendizaje cuidado del castellano (no sabemos si previo, paralelo o posterior al mismo bable) el niño irá valorando la entonación, las grafías, los morfemas, los fonemas, los sentidos de las palabras castellanas («enseñar, aprender, estructura, factor, digno, valor, adición, arbóreo, cohesión, derivable...») que tal vez va oyendo por vez primera. Y al tiempo va observando diferencias (aunque sean exclusivamente de carácter fónico) entre palabras pertenecientes a culturas divergentes: suelo/suilu, hoja/fueya, lindar/chindiar, o diferencias de sentido acentuadas en estas mismas que citamos, como luego se verá, lo que podrían valorar en niveles sucesivos.

Paralelamente, en el reducido grupo de la escuela rural, el maestro puede clarificar en el niño la expresión y comprensión de ambas lenguas (castellana y no-castellana), sin esperar a los traumas y superposiciones lingüísticas de todos sobradamente conocidas (no es infrecuente el alumno que nunca se expresa oralmente y si tiene los ejercicios hechos dice o que no los hizo o que no los entendió). En cualquier caso el alumno del ciclo superior o del BUP posee un conflicto (léxico sobre todo) que le retrasa injustamente sobre el resto del grupo.

Más aún, se podría afirmar (como ya se está haciendo) que el niño tanto más, mejor, primero y con mayor precisión dominará la expresión castellana, cuanto con mayor precisión y primero se adueñe del cuerpo de su expresión no-castellana. Si no comete antes el error no tendrá luego que desmontarlo: es preferible que aprenda correctamente lo que es *aprender* en su lengua bable ("enseñar a otro por la fuerza": «a ti voy a aprendete yo»), y lo que es *aprender* en lengua castellana ("adquirir un conocimiento de otro"); exactamente procesos de significación inversos: *dar* en el primer caso, *recibir* en el segundo. Y así alumnos superiores lo siguen confundiendo. El conflicto, el entuerto, no va a ser fácilmente desmontable.

Este niño rural de 5 a 11 años, por lo menos, sólo tiene una experiencia del mundo que le rodea: la experiencia fón-



Puerto de Luarca

J. L. NAVAZO

nica y léxica, sobre todo, que está en contigüidad con sus padres y abuelos. No se le puede exigir sin más que se exprese en un aula de 40 alumnos con otra experiencia de las cosas, en ocasiones, contraria incluso.

Respecto al segundo punto, la inmoralidad de una trampa que coloca en competencia pública alumnos con armas lingüísticas diferentes, es evidente una represión impropia de los vientos que corren. Son frecuentes expresiones del docente como «qué mal hablan estos niños»; todo lo mezclan y confunden; qué vulgaridad». Pero, ¿quién puso en su mente claridad alguna? ¿Quién les enseñó la lengua castellana del libro, del maestro o del amigo? Y la cuestión se resuelve (se cree resuelta) midiendo, castigando, sancionando con notas al *guaje* por su *diba*, *fice*, el *nun*, el *non* o el *nin*, lo mismo da.

Para poder competir (y la competencia se da) el alumno rural y el concentrado (el niño de la caleya y el de la calle, el del chugar y el de la villa o la ciudad), es preciso repartir equitativamente las mismas armas, que ambos sepan lo que es castellano y lo que no lo es. Que todos sepan lo que es *aprender*, *tabla* o *mediodía*, sin que ninguno lo confunda con *aprender*, *table* o *a midí* en lo que no es castellano.

Y la clarificación comienza por la valoración de las lenguas a medida que éstas se van sucediendo o haciendo simultáneas. El niño de 5 años tiene que percibir las ecuaciones lingüísticas con resultados de sistemas paralelos: *canino* es a *canilá* como *can* es a *chien*, trátese de la lengua castellana, asturiana, gallega o francesa (las divisiones de honor no son de naturaleza lingüística). La claridad es el comienzo del aprendizaje; la confusión lo es en cambio de la selectividad y de la manipulación educativa. Preguntábamos a uno de aquellos niños de 6 años qué sería el *suelo agrario* que se leía en sus libros y nos

respondía muy seguro «el suelo del campo pero donde haya baldosas». Evidentemente, nadie le había enseñado que *suelo* no es lo mismo que *suelu*: en bable *suelu* o *suilu* es un espacio muy limitado y concreto, "espacio sólido y firme que se pisa"; en cambio, *suelo* en castellano, es todo lo contrario "la superficie de la tierra o de una gran extensión de terreno". Ciertamente, el niño quería compaginar ambas cosas, las *baldosas* que pisábamos y el campo a que le sonaba lo de *agrario*. Las cosas no le salían; claro está.

EL APRENDIZAJE O LA INVESTIGACION DEL ENTORNO

El punto tercero nos obliga a una reflexión más. El alumno de la montaña, con su cultura específica (su valoración y jerarquización tampoco son de naturaleza lingüística) sólo podrá analizar científicamente la realidad (lingüística, geográfica, zoológica, laboral, biológica) si, y sólo, se le permite actuar desde la experiencia que de ella fue adquiriendo desde el día que nació. Nunca podrá comprender a los seis, siete años... lo que puede ser la *transhumancia* en Castilla, si antes no se le explican en su lengua y a su nivel cultural las dimensiones políticas, económicas, alimentarias, folklóricas, estructurales, municipales, costumbristas incluso, que se esconden sin saberlo él en sus *guarizas*, *morteras*, *pastos comunales*, *veceraoxas*, *La Vachota*, *Axeite* y *Meicin*, desde la primavera al Carmen o bien «entrá la seruenda». Una vez explicados esos puntos ya en su entorno, no sólo entenderá la transhumancia y sus problemas, sino que nadie la entendería como él. Otra cuestión sería si conviene que así la entienda.

## LOS LIBROS DE TEXTO

Convencidos de que la cuestión lingüística en las aulas no es cuestión de simple fonética o tonémica, del indefinido, la /-u/ final y «cuatro caxicalinas más», ojeamos y hojeamos el montón de libros que aquellos niños «habían metido n'el serdu desde el veranò paeseu». Así pudimos establecer algunos grados de dificultad expresiva y comprensiva en su encuentro con las palabras escritas:

1) Palabras que de ninguna manera el alumno del ciclo inicial y medio puede identificar en el texto, si previamente no se le familiariza con la palabra castellana correspondiente: globalización, suelo agrario, bloque temático, objetivo prioritario, subconjunto, ciclo, articulación, abdominal... y tantos términos motivados de los que (por fuerza) habrá que explicar antes sobre qué están motivados: el aprendizaje racional y razonado tampoco da saltos.

2) Palabras con dificultades de expresión en este niño, habida cuenta de que en su experiencia o bien les da otra fonética: *iba* (diba), *estamos* (tamos), *me levanto* (levántome o chevántome), *hace* (fai), *no* (nun), *jaball* (xaballín, con su plural xabalinos, claro está), etc., etc., o bien emplea términos diferentes a los castellanos: *topar* (usar), *colar* (marchar), *cocheu* (collado), *cuitu* (cerro), *cebera* (simiente), *xetu* (ternero), *tarral* (recién nacido), *nación* (nacimiento), *pación* (pasto), *segao* (forraje), y tantas otras cuyo sentido le es preciso delimitar antes de exigirlo en la expresión: monte, acebo, arar, congoja, enojado, colina o cualquier otra.

Si el niño rural no encuentra equivalentes los sentidos (el que posee y el que le exige el libro), si no le salen las cuentas y ha de forzar las cosas, o traduce las palabras o no las emplea. En cualquier caso no hay aprendizaje, o por lo menos no hay un aprendizaje científico, correcto sin más. Y esa es la función de la escuela rural.

3) Palabras que reconoce por su semejanza fónica, pero que no puede expresar ni comprender en el contexto con rigor, ya que poseen un sentido en asturiano y otro (más extenso o reducido) en castellano. Es el caso de *cabana* y *cabaña* (una para el vaquero, la otra para la vivienda general); *esquenu* y *escaño* (uno para sentarse, el otro para la política); *chindiar* y *lindar* (uno cuidar, el otro limitar); *aprender* y *aprender* (uno enseñar, otro recibir enseñanzas); *leído* y *leylu* (uno acción terminada, otro persona de cultura); *almuirzu* y *almuerzo* (uno comida ligera y temprana, otro comida fuerte y a medio día); *chavalru* y *lavadero* (uno para la ropa, otro para la mina); y tantas otras palabras intraducibles: *caldera* y *caldera*, *hoja* y *fueya*, *paja* y *paya*, *puircu* y *puerco*, *roja* y *roxa*, *cuintu* y *cuento*, *banco* y *bencu*, etc., etc. El niño tiene que dar a la palabra castellana un sentido (aprendido en la es-

cuela) que o no tiene nada que ver con el que usa, o es incluso contrario, o se parece muy poco: tiene que entender antes de usarlo que «un almuerzo de trabajo» no consiste en levantarse muy pronto y empezar a trabajar ya con el «almuirzu», está lejos de ello.

4) Palabras que de ninguna manera (e incomprensiblemente para él) nunca encuentra ni en los libros, ni en el profesor, ni en los compañeros, por lo que llega a la conclusión de que hay que enterrar procurando que nadie las descubra en él: así las deja a la puerta de las aulas para recogerlas a la salida de camino hacia su casa. En la escuela rural, en cambio, entraban con él y con la cabeza muy alta. Son palabras como tarral, oxa, canifá, reciecha, mecer (no precisamente "arrullar"), nerbaso, preseos, chosa, xaguatá, inchente, *escarabayu* (nada tiene con el escarabajo), *guantá*, *arreatina* (sí tiene que ver mucho con los moros), albar, comuña, esquisa, turuchu, etc., etc. Esos contenidos, los mismos incluso, los va a encontrar en los textos de Sociales, Geografía, Lengua, Religión, pero tendrá que darles otro nombre, ese no le sirve: campo abierto, crecida, blanco, reunión, nacimiento, lograr, acariciar, etc., etc. Es otra lengua.

La reflexión no es complicada: las diferencias de lengua entre el alumno rural y el concentrado son algo más que puras diferencias fónicas o léxicas (lo que ya sería bastante). Se trata de dos culturas de naturaleza distinta, valoradas en función de criterios ajenos al aprendizaje: una de prestigio y funcional, la otra en retirada silenciosa y resignada.

Tampoco es el caso de entrar ahora en las repercusiones negativas que un deficiente aprendizaje del castellano conlleva a la hora de la comprensión (y expresión) de las terminologías científicas. Si las palabras del lenguaje científico están motivadas sobre el uso castellano en su mayoría (sistema, estructura, reductor, biplánico...) el alumno habrá de conocer primero su valor de uso. Y ello se hará con calma en el contacto constante de la escuela rural, lejos del aula masivamente concentrada y del anonimato geográfico. De otro modo, el proceso de aprendizaje en el alumno rural durará el doble, o simplemente, no se producirá. Pensemos sus dificultades para entender sin más términos con /dis-/ si constantemente él usa /es-/: espiazao, esboronao, esfueya, esnevaio, etc.

## LOS LIBROS DE LECTURA

Los niños de Tuiza nos enseñaron también sus libros de lectura, lo que nos lleva a una reflexión más. Pensamos (lamentamos) lo que uno de aquellos niños de cinco, seis años... podría hacer en grandes aulas concentradas, al lado de 39 alumnos que ya sienten,

juegan y se cabrean en lengua castellana.

En una de aquellas lecturas de imágenes se pedía al alumno que nombrara los objetos de las escenas. Mientras un alumno lo haría con su lengua más espontánea, suponemos que el alumno de la montaña lo tendría que hacer con su lengua menos espontánea, pues la otra le queda bien reprimida. Los referentes son los mismos para los dos pero las palabras no. Y así uno nombra con rapidez *utensilios* de trabajo, *comadreja*, *colina*, *siembra*, *saltamontes*, *zorro*... cuando el otro tiene que ahogar lo que para él sería lógico: *preseos*, *cuitu*, *saltapraos*, *cebera*, *fuina*, *mostalichea*... La razón es evidente: no se puede leer desconociendo las palabras; y en ocasiones como esta se está haciendo. En esa caza del término equivalente y no espontáneo, el alumno se retrae, no encuentra motivaciones para el estudio de por sí ya hoy recargado. Termina por abandonar.

## LOS EJERCICIOS Y LAS FICHAS

También sirven al niño de uso castellano: son sencillos, motivadores, coloristas (bastante más atractivos que aquellos santos en blanco y negro que impacientes buscábamos entre páginas y página no muchos años atrás). Pero para el alumno rural, en ocasiones se vuelven una carga más: no los puede contestar con la espontaneidad y rapidez del compañero concentrado: las experiencias no son las mismas.

Allí había ejercicios y fichas como «resume la historieta del cuento...; e agua en estado sólido se llama...; al final de un campo se le denomina...; un conjunto de ovejas es...; escribe debajo de cada dibujo lo que le corresponda...; enumera palabras en torno a...; cita adjetivos del caballo...; palabras del asiento...; nombres colectivos...; etc., etc.

Las respuestas, los aciertos (habrá que lamentar) no pueden ser los mismos en dos niños de seis años: el castellano irá hurgando en su experiencia y encontrando *hielo*, donde el otro reprime *xilu* o *carémbanu*; *manso rubio*, *pinto*... donde el otro *noble* o *adomeu*, *ruxu*, *calceu*, y un largo etc. El asiento no será el *sofá*, el *diván*, *posón*, *taburete*, sino el *puyu*, *tayuilu*, *esquenu*, pues su cultura, su medio rural no tiene lugar ni tiempo para el *sofá*. Y de ello no ha de pagar él culpas.

En conclusión, no se puede establecer una despiadada selectividad con mecanismos tan sutiles y capciosos como los lingüísticos. El alumno rural pertenece a una cultura a partir de la cual aprenderá, o no hará otra cosa a estos primeros años. Para examinarlo de otra habrá que enseñársela previamente.

Nota de Redacción: La escuela de Tuiza volvióse a abrir.

